

Lección 7: Los Medios de Transformación: Pasos Falsos

Todos estamos de acuerdo que una transformación espiritual es necesaria. Todos estamos convencidos de que es Dios quien tiene que iniciar y energizar ese cambio. Todos estamos de acuerdo que los cristianos no podemos quedarnos pasivos en ese proceso, sino tenemos que participar activamente. La cuestión es, ¿Cómo es que Dios va a realizar esa transformación? ¿Cuáles son los medios que Dios utiliza para producir ese gran cambio en nosotros? Es este tema que tenemos que analizar ahora.

Después de servir por muchos años en América Latina estoy convencido de dos cosas. En primer lugar, he visto como la iglesia evangélica tiene una pasión por Dios. Por lo general la iglesia está creciendo y hay muchos hermanos y hermanas que demuestran un compromiso muy serio con el Señor y con la misión de la iglesia. Muchos han hecho sacrificios muy costosos para seguir al Señor y para servirle. Nadie puede cuestionar la disposición de la mayor parte de los cristianos de seguir creciendo en Cristo y seguir avanzando con la misión de la iglesia. Nadie puede cuestionar la seriedad de su entrega a la obra de Dios. Y nadie puede dudar del compromiso del liderazgo de las iglesias con animar a su gente hacia un crecimiento espiritual. Todo esto es loable. No obstante, hay otra cosa prominente que se observa en muchas iglesias evangélicas en América Latina que no es tan favorable. Su comprensión del proceso de transformación espiritual tiende a ser muy superficial. Yo diría que hay hasta una gran confusión tocante a este tema. Lo triste es que la mayoría de los creyentes ni se da cuenta de ese problema. Los líderes enseñan su idea de lo que significa ser un cristiano dinámico y esto para ellos es suficiente. Pero cuando se compara lo que la Biblia enseña acerca de este tema y lo que se ve en el día a día entre los creyentes, se nota una brecha enorme. Yendo al grano, no parece que hay un concepto muy claro del camino hacia la madurez espiritual. O si le parece claro para algunos, no asemeja a la evidencia bíblica. La iglesia tiende a enseñar un concepto demasiado superficial, y a veces hasta peligroso acerca de cómo avanzar en madurez espiritual. Por ende, antes de poder considerar los medios de transformación bíblicos, debemos corregir algunas de esas ideas comunes pero equivocadas. Vamos a explorar cinco pasos falsos hacia la transformación espiritual que se ve en la vida de muchos cristianos.

Cinco Pasos Falsos hacia la transformación espiritual

1. El Activismo

Si tuviera que describir una de las fallas más comunes en la iglesia en América Latina sería justamente esto, que hay una gran tendencia hacia un activismo. Me cansa aun pensar en ello. Recuerdo la carga que sentía muy a menudo porque tenía que asistir tantas actividades. Parecía que casi todos los días había algún tipo de actividad y la expectativa era que si tú eras un miembro serio tenías que estar. Casi todo el ambiente olía de activismo.

¿Qué es el activismo? El activismo es la creencia de que se mide la madurez espiritual de una persona por el nivel de su actividad para Cristo. Si la persona está muy involucrada en los

ministerios de la iglesia, si siempre está ocupada sirviendo al Señor, es una muestra de que es un cristiano comprometido, un creyente maduro. Entonces el cristiano activista es alguien que vive ocupado, como Marta cuando Jesús quería que ella se sentara a sus pies a escucharle. Marta no pudo porque tenía cosas que hacer. Viéndolo desde afuera un cristiano metido en el activismo parece un gran siervo de Dios, sacrificado, entregado. Siempre está apoyando, siempre está liderando, siempre está activo. Se logra muchas cosas así.

¿Qué es lo que motiva a los cristianos activistas? Ellos creen que toda su actividad es una señal de una madurez espiritual. Por ende, hacen grandes sacrificios para meterse en más y más actividades para asegurar que no solo ellos, sino que toda su familia está en la iglesia cada vez que se abre la puerta. Cada culto, cada actividad, cada estudio, cada necesidad es otra oportunidad para mostrar el nivel de su espiritualidad y la profundidad de su compromiso. Esa es la vida espiritual de un activista. ¿Ves porque digo que se cansa? Es una vida llena de eventos y compromisos, de adrenalina y esfuerzo. Después de poco tiempo la iglesia empieza a depender de los activistas porque son ellos que sostienen los ministerios y la vida atareada de la iglesia.

No obstante, la verdad es que toda la actividad de esos hermanos no necesariamente dice nada claro acerca de su madurez espiritual. Su actividad puede ser una señal de una fe fuerte y profunda, o puede ser nada más que un sustituto por la madurez espiritual. Es decir, es posible que toda su actividad sea una cortina de humo escondiendo el hecho de que no tiene una intimidad con Cristo. En vez de gozar de una relación profunda con Cristo ellos, por su constante movimiento, esconden la pobreza de su comunión. Es puro activismo.

Lo que pasa es que los activistas están tan ocupados ministrando en el nombre de Dios que no tienen tiempo para escuchar en silencio la voz de Dios. Hasta la oración llega a ser una actividad que tienen que cumplir más que una conversación que pueden disfrutar. Están tan metidos en los quehaceres que no tienen energía para sentarse a reflexionar sobre las verdades de la fe o para descansar en las promesas de Dios. Pero está bien según ellos porque el estar involucrado en mucho significa para ellos la misma cosa que tener intimidad con Cristo. Se define madurez por actividad. Entonces ellos siempre salen con una buena nota por su elevado nivel de actividad. Pero lo que no ven es que si uno siempre está corriendo de una cosa a otra no va a tomar tiempo para recobrar sus fuerzas, llenar su tanque, y esperar en Dios. Por lo tanto, el cristiano activista genera mucho fuego, pero muy pronto ese fuego se apaga o termina quemándose a uno mismo.

Lo que tenemos que entender es que es imposible tener una vida cristiana muy profunda sin tener tiempo para reflexionar profundamente, sin tener tiempo para meditar hondamente, sin tener tiempo para escuchar silenciosamente. Una vida cristiana profunda y fuerte requiere tiempo de estudio, tiempo de oración, tiempo de reflexión, y tiempo de descanso. Una razón por la cual hay tan pocos cristianos que tienen una vida espiritual superior es porque la iglesia está metida demasiado en el activismo. Y el activismo es un camino falso hacia una transformación espiritual.

2. El Legalismo

El legalismo tiene varias manifestaciones. Su cara más común es la idea de que la madurez espiritual se logra por someterse a ciertas reglas, ciertas leyes o ciertos ritos. Cuanto más estricta sea su obediencia a las leyes, o más fiel a los ritos, más madura será la persona. Por lo tanto, formamos listas claras de lo que es aceptable y lo que no lo es. Por lo general, la lista consiste en cosas externas, conducta que debemos evitar o que debemos cumplir o actividades que tenemos que siempre asistir. De esta manera todo es medible, todo es blanco o negro. Muchas veces la lista incluye actividades como no fumar, no tomar, no bailar, no apostar, y cosas por el estilo. A veces la lista consiste netamente en deberes positivos que tenemos que cumplir si queremos que nos consideren como espirituales, cosas como: asistir a cada actividad de la iglesia, diezmar sin fallar, evangelizar siempre, nunca cuestionar las decisiones del liderazgo, y cosas por el estilo. Si cumplimos estas cosas fielmente nos etiquetan como maduros en la fe, si no, nos tildan como inmaduros o peor, rebeldes.

Si te acuerdas bien, el legalismo era la debilidad de los fariseos de la época del Nuevo Testamento. Ellos eran minuciosos en su compromiso de obedecer los detalles más pequeños de la ley. Y cuando otra persona no obedecía esos detalles era obvio para los fariseos que esa persona no era un verdadero justo, sino un pecador. Se ve esto ilustrado, por ejemplo, en Marcos 7:1-13 donde los fariseos y los escribas se quejaban a Jesús porque los seguidores de Jesús no seguían las tradiciones de los ancianos. En este caso, específicamente que no se lavaban las manos antes de comer. Jesús revela la hipocresía de esos hombres citando Isaías 29:13, *“Este pueblo de labios me honra, Mas su corazón está lejos de mí. ⁷Pues en vano me honran, Enseñando como doctrinas mandamientos de hombres.”* Luego, Jesús da una ilustración concreta de como ellos violaban una ley explícita de Dios, el quinto mandamiento, para obedecer su propia tradición. Este es un legalismo. Donde alzan sus propias ideas de lo que es recto y lo que no al mismo nivel que los mandatos de Dios. O sea, exigen la misma o más obediencia a sus reglas, a sus ritos, a sus deberes que se exige de los mandatos de Dios.

¡Ojo! Ese legalismo no es solamente algo del mundo antiguo, sino existe en la actualidad también. En la iglesia evangélica hay una clase de fariseísmo que vigila cada movimiento de los miembros para asegurar que ninguno esté violando sus reglas y que la gente esté presente en cada reunión. Hay líderes mandando como se debe vestir, como se debe comportarse, como se debe pensar y lo más increíble es que muchas de esas exigencias son puras tradiciones de hombres y no voluntad de Dios. De todos modos, el legalismo vive en la iglesia cristiana en muchos contextos.

El problema con el legalismo es que se tiende a olvidar la parte interna. O sea, se preocupa tanto por la conducta que se pierde de vista las actitudes y motivaciones detrás de la conducta. Por lo tanto, una persona puede cumplir todo lo externo y por ende dar la apariencia de una madurez espiritual, pero hacerlo con un corazón lleno de pecado. Esa persona cree que todo está bien porque ha cumplido sus leyes, o porque ha sido fiel en mantener todos los ritos, pero no se da

cuenta de que su corazón está lejos de Dios. Ha caído en un legalismo. Jesús reprende a los Fariseos por tal legalismo e hipocresía en Mateo 23:25-28,

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. ²⁶ ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio. ²⁷ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. ²⁸ Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.

Obviamente, la obediencia a la Palabra de Dios es importante y es una clara señal de madurez espiritual. No obstante, el legalismo va más allá. No solamente tiende a enfocar más lo externo que el interno, sino también agrega sus propias leyes que llegan a tener la misma autoridad que la Palabra de Dios. Esta clase de legalismo es un falso paso hacia la transformación.

3. Moralismo

Este paso falso es muy parecido al legalismo. El moralismo es un lobo vestido de oveja. O más al tema, es una religiosidad vestida del cristianismo. El moralismo es la idea de que se mide la madurez espiritual a través de mejoras en la conducta. O sea, el moralismo busca una reforma en el comportamiento de la persona. Si me comporto bien Dios me acepta, pero si me comporto mal me rechaza. Entonces, el esfuerzo principal del moralista es buscar ser una buena persona, buscar hacer todo lo bueno que se pueda porque de esa manera se gana el favor de Dios y una reputación como una persona muy espiritual. Es como escribe un teólogo, “el moralismo produce pecadores que (potencialmente) se comportan mejor.”¹ O sea, observando la conducta de las personas todo se ve bonito, todo parece muy espiritual, muy comprometido con Dios. No hace cosas malas, siempre demuestra una conducta muy buena. Es una persona realmente religiosa, con buena conducta, con buenas morales. Pero como otro autor comenta, el moralismo es el “intento de lidiar con el fracaso espiritual, la culpa y la vergüenza por medio de esfuerzos espirituales, tratando de perfeccionarse a sí mismo con el poder del yo.”² Es la idea de simplemente reformar mi conducta para experimentar una transformación. Si dejo ciertos hábitos malos y adopto ciertos hábitos buenos voy a ser más agradable ante Dios y un mejor cristiano.

El problema con el moralismo es que no se necesita de Dios. Yo mismo cambio mi conducta. Yo mismo dejo los vicios y malos hábitos. Convierte el evangelio en un mensaje de reforma personal y el cristianismo en buscar ser buenas personas nada más. Un pastor comenta,

¹ Albert Mohler, “Why Moralism Is Not the Gospel — And Why So Many Christians Think It Is”, <https://www.thegospelcoalition.org/article/why-moralism-is-not-the-gospel-and-why-so-many-christians-think-it-is/>

² John Coe, *Resisting the Temptation of Moral Formation: Opening to spiritual Formation in the Cross and the Spirit*, Journal of spiritual Formation and Soul Care 1.1 (2008): 55.

“Quizás la falsa enseñanza que más comúnmente se disfraza del evangelio es el moralismo. Típicamente en las iglesias evangélicas el evangelio básico es predicado y enseñado: los pecadores que confían solo en Jesús tienen sus pecados perdonados y se les promete el cielo. Sin embargo, a partir de ahí, muchas de estas mismas iglesias enseñan a sus feligreses que una vez son salvos les corresponde a ellos «caminar bien y mejorarse». La vida cristiana es de esfuerzo, y Dios bendice a quienes se ayudan a sí mismos, trabajan duro, no se meten en problemas, dicen la verdad y «viven una vida buena». Inconscientemente, tal vez, las personas comienzan a creer que este es el evangelio, una transacción casi económica en la que le damos a Dios nuestra obediencia y Él nos da bendición: suficiente comida y refugio, buenos matrimonios y niños bien educados, buen trabajo y vacaciones ocasionales.”³

Una diferencia, entonces, entre el legalismo y el moralismo es que mientras el legalismo se enfoca en un sistema de ley o ritos conocidos por un grupo, el moralismo se centra en mejoras en la conducta como sea. El legalismo insiste en un estándar en común, el moralismo en los frutos de una vida “buena.”

Una cara histórica de ese error era el ascetismo que era común en ciertos periodos de la historia de la iglesia donde los fieles se autodisciplinaban con medidas severas pensando que se podía matar los deseos pecaminosos e impedir que la carne se domine. Obviamente no hay nada malo con la autodisciplina, de hecho, es una característica muy importante. No obstante, es un gran error pensar que yo puedo terminar con los deseos pecaminosos o subyugar la carne simplemente con mi propio poder y mis propios esfuerzos. No es tan sencillo. Y una transformación espiritual es mucho más que un cambio de conducta.

Se ve ejemplos de esta forma de pensar hoy en día en muchas iglesias, aunque por supuesto no al extremo que se veía entre los monjes del desierto del siglo cuatro. Por ejemplo, a veces pensamos que si hacemos un gran sacrificio esto en sí va a resultar en una transformación. Me acuerdo experimentando esta manera de pensar cuando asistí un retiro de varones en una iglesia en América Central hace muchos años. Los varones vinieron para encontrar a Dios y para conocerse entre ellos. El plan era tener una vigilia toda la noche. Fue extraño para mí porque veía a la gente tan cansada intentando mantenerse despierto para poder orar, pero muchos caían en el sueño. Los líderes nos animaban a seguir buscando a Dios, pero parecía que la mayoría deseaba buscar su almohada. A mi parecer logramos muy poco después de la media noche aunque seguíamos intentando hasta la madrugada. El día siguiente yo supuse que íbamos a seguir ese ritmo. Pero, todo el opuesto, el día siguiente empleamos jugando fútbol y comiendo. Era un día de diversión. Allí los hombres completamente despiertos jugando con fuerza. Pero, yo me preguntaba, ¿Por qué no dormimos en la noche cuando todos estaban cansados y oramos en el día cuando todos tenían fuerza? Me parece que la respuesta es una clase de “ascetismo contemporáneo,” un claro ejemplo de un moralismo. Parece que los organizadores pensaban que era más espiritual orar cuando estábamos sacrificando el tiempo de dormir, que orar cuando todos estaban con fuerza. O sea, pensaban que sacrificando el descanso de alguna manera ganaba el favor de Dios más que orar de día. He visto la misma actitud en una variedad de iglesias

³ Sean Michael Lewis, “La falsa enseñanza adentro y afuera (2da parte),” <https://es.ligonier.org/articulos/la-falsa-ensenanza-adentro-y-afuera-2>.

alrededor de Latinoamérica. Huele de un moralismo feo, donde mis sacrificios, mis esfuerzos espirituales de alguna manera impresionan a Dios y resultan en ganar más de su favor. Donde hacemos una clase de chantaje con Dios. Si nosotros hacemos un tipo de sacrificio Dios es obligado a recompensarnos con ciertas bendiciones.

Hay otra manifestación muy particular de moralismo que es muy común entre los evangélicos. Podemos llamarlo una espiritualidad mecánica. Esta es la perspectiva que se centra en la manera que uno crece en su vida espiritual. Muy a menudo los moralistas creen que el proceso hacia una madurez espiritual es casi como una fórmula mágica que siempre debe llevarnos a un avance en la santificación. Esa fórmula mágica es la siguiente:

Lectura bíblica + Oración + Servicio = Una vida cristiana madura

Es decir, si una persona tiene su tiempo devocional todos los días, leyendo la Biblia y orando, y si se involucra en el servicio de la iglesia, pensamos que de todos modos va a crecer en madurez espiritual. Lamentablemente, sabemos por experiencia que esto no funciona así. Esa fórmula no es algo automático. No es una ley inquebrantable. ¿Debo tener mi tiempo devocional todos los días? Por supuesto. No obstante, el hecho de que leo mi Biblia y oro no necesariamente significa que estoy experimentando una transformación en mi vida. Si cumpla todo esto, pero para cumplir no más, ¿De qué vale? Llega a ser un moralismo, nada más. Si nunca fallo en tener un tiempo devocional, pero no lo vivo o no me pone en contacto íntimo con Dios, ¿De qué vale? Además, como ya hemos visto, yo puedo estar muy metido en el servicio de la iglesia y no crecer nada. Cumplir las cosas debidas o no practicar las cosas prohibidas no necesariamente nos va a llevar a una madurez espiritual. El asunto es más complicado que eso. No existe una fórmula mágica para producir la transformación en nosotros.

Yo me acuerdo escuchando hace varios años una conversación entre un pastor y un miembro de su iglesia. El miembro buscó a su pastor para un consejo por lo que estaba pasando en su vida. Ese miembro esperaba un consejo sabio, bíblico, y compasivo. La conversación fue más o menos así:

Hermano: Pastor, tengo una muy mala noticia que quiero compartir con usted.

Pastor: ¿Qué pasó hermano querido?

Hermano: Pastor, me despidieron de mi trabajo ayer en la noche.

Pastor: Mi hermano, que lástima. Dime ¿Qué pasó?

Hermano: Hubo una reducción de personal por la situación económica y me tocó a mí. Ahora tengo cuentas que pagar y no sé cómo voy a hacerlo. ¿Por qué me pasó esto, Pastor?

Pastor: Vamos a analizarlo juntos. Tú sabes que Dios siempre tiene un propósito para todo. Dime hermano, ¿Has sido fiel con tu tiempo devocional?

Hermano: A decir la verdad, no. Ha sido esporádico no más por toda la carga laboral y familiar. Tengo que ser honesto que me he descuidado en esa área.

Pastor: Bueno, hermano, tú sabes que tan importante es. ¿Qué esperas si no das el tiempo a Dios que él merece? ¿Qué de tu diezmo, has sido fiel con ese deber?

Hermano: Tampoco Pastor. Con mi hija en la universidad y todas las cuentas, no hemos podido siempre.

Pastor: ¿Tú sabes lo que dice Malaquías, no es cierto? Ninguno puede robar a Dios sin que haya repercusiones. Hermano, me parece que perdiste tu trabajo por desobediencia, por faltar en las responsabilidades más básicas. Si tú no haces tu parte ¿por qué piensas que Dios debe bendecirte?

¿Cómo ves la perspectiva del pastor? Es una perspectiva netamente moralista. Cree que hay una relación directa siempre entre mi conducta y el favor de Dios. Si yo me comporto bien entonces Dios me va a bendecir, si no, pues Dios me va a castigar. Aunque es verdad que Dios nos disciplina y nos castiga, no existe una relación directa y necesaria entre mi fidelidad y sus bendiciones. Si existiera esa clase de relación todos estaríamos fritos. Todo lo bueno que recibimos es por gracia, nunca es algo merecido que Dios nos debe por comportarnos bien o por nuestra fidelidad. Y no todo el malo que pasamos es consecuencia directa de nuestra conducta, en muchos casos es simplemente un resultado de vivir en un mundo caído. El pastor en esa ilustración tiene una teología moralista que es peligrosa para la iglesia y dañina para nuestras vidas espirituales. El moralismo es un falso paso hacia la transformación espiritual.

4. El Misticismo

Otro error es la postura que enfatiza una experiencia espiritual directa, una experiencia muy personal que conduce a la persona a un encuentro místico, una unión con Dios. O sea, el misticismo es la creencia de que una experiencia “espiritual” o “mística” es la evidencia de una madurez espiritual avanzada. Aunque el misticismo era más prevalente en la iglesia de la edad media, ha vuelto en la actualidad y se ve dentro de las iglesias evangélicas un nuevo misticismo. ¿Cómo se ve el misticismo en las iglesias? Viene en una variedad de formas. Por ejemplo, el misticismo es evidenciado cuando la experiencia espiritual personal tiene más peso que una sumisión a la palabra de Dios escrita. O sea, cuando una iglesia o un cristiano atribuye más autoridad a lo que yo he experimentado que a lo que dice la Biblia, ha entrado un tipo de misticismo. Los cristianos místicos suelen citar, por ejemplo, 2 Corintios 3:6, “*la letra mata, mas el espíritu vivifica.*” Aparentemente esto significa que el mensaje subjetivo que uno ha recibido, supuestamente del Espíritu Santo, tiene más peso que algo escrito en la Biblia. Tristemente, ellos ignoran el contexto de ese pasaje y por lo tanto malinterpretan el texto totalmente y hacen una aplicación incorrecta. Su falla es como ha escrito un autor, “En los estados místicos lo que prevalece es el sentimiento, no el entendimiento”.⁴ Por eso es muy común que la autoridad principal sea mi propia experiencia espiritual aún más que la palabra de Dios escrita. Como consecuencia la persona vive diciendo “Dios me dijo,” “Dios me reveló,” o “tuve un sueño en que Dios se manifestó” y cosas por el estilo.

El problema con el misticismo es que muchas veces es demasiado subjetivo. La persona siente algo y asume que tiene que ser una palabra de Dios. Escucha algo y tiene que ser algo directo que Dios le ha comunicado. Pero ¿Cómo se evalúa eso? ¿Cómo se sabe si es Dios o si es un deseo personal? Peor todavía es cuando mis experiencias subjetivas llegan a tener un rango más importante que la misma palabra de Dios. Me acuerdo hace muchos años caminando con mi esposa por las calles de San José, Costa Rica cuando encontramos a una señora caminando por allí. Empezamos a conversar con ella y cuando se enteró de que éramos misioneros quería

⁴ José Martínez, *Introducción a la Espiritualidad Cristiana*, Barcelona, España: Editorial CLIE, 1997, p. 202.

compartir con nosotros una palabra que Dios le había dado. Ella nos dijo que se iba a casar con un varón cristiano. Le felicitamos por la buena noticia y empezamos a hacerle preguntas sobre esa noticia. Ella nos dijo que el hombre todavía no sabía que se iba a casar con ella. Obviamente eso nos pareció extraño entonces indagamos más. Ella nos dijo que otro asunto importante respecto a ese hombre es que ya era casado con otra mujer. Cuando cuestionábamos su firme convicción de que se iba a casar con él, ella nos dijo que tenía que pasar porque Dios le había dicho. Fue una profecía clara de Dios entonces se iba a dar de todos modos. Nosotros le dijimos que no podía haber sido Dios porque Dios no iba a violar su propia palabra. Pero la mujer insistía porque ella escuchaba la voz de Dios. Su experiencia mística tenía más peso que la palabra de Dios y ella vivía convencida de algo que seguramente Dios le había dicho.

Bajo un misticismo el camino hacia la santidad se encuentra a través de una experiencia sobrenatural, inmediata, y mística con Dios, más que a través de su santa palabra. Cuantas más experiencias tengo, más maduro espiritualmente soy. Por ende, no se cuenta la presencia del fruto del Espíritu, sino las manifestaciones místicas o sobrenaturales que uno ha tenido. Pero, por ejemplo, alguien puede hablar en lenguas o profetizar o tener visiones, pero si no hay una verdadera santidad o una sumisión plena a la palabra de Dios, ¿De qué vale? No estoy diciendo que tener experiencias muy íntimas y muy personales con Cristo es algo malo. Más bien estoy diciendo que la presencia de experiencias de esta índole no necesariamente señala una vida espiritual madura. La búsqueda de experiencias personales como evidencia de una transformación espiritual es un camino falso.

5. El Dualismo

Seguramente ya habían escuchado de los otros pasos falsos que acabamos de mencionar, pero quizás este último no. No obstante, es este paso falso, el de un dualismo que probablemente es el más común entre los creyentes de América Latina. ¿Qué es el dualismo? Es una perspectiva sobre la vida que divide la vida en dos esferas distintas, la esfera secular y la esfera espiritual. O sea, el dualismo dice que hay dos realidades principales y que esas dos realidades existen separadas la una de la otra. Tan común y tan peligroso es este problema que un libro afirma, El dualismo “es *el* problema de cosmovisión fundamental que ha plagado la historia de la iglesia y continúa acosándonos.”⁵ Hay una variedad de dualismos en diferentes ramas de filosofía, teología, ética, etc. No obstante, vamos a enfocar dos tipos básicos de un dualismo espiritual que afecta como vemos la vida.

Dos Tipos de Dualismo

1. El cristianismo secular

Un domingo estaba predicando en una iglesia evangélica en Lima, Perú, una predica bastante directa y retadora donde compartía las demandas de la vida cristiana y como Dios quiere que le amemos a Él más que la vida, más que la familia, más que cualquier otra cosa. También compartía el gran costo de seguir a Cristo, de tomar nuestra cruz y estar dispuesto morir cada día por él. No era una prédica para reírse o sonreír, sino para reflexionar seriamente. No obstante, en

⁵ B.J. Walsh y J.R. Middleton, *Cosmovisión Cristiana*, Barcelona, España: Editorial CLIE, 2003, p. 80.

medio de esa prédica noté en la cara de una persona sentada en el medio del auditorio una sonrisa extraña. Me imaginé lo que esa persona estaba pensando. “Qué linda esta prédica. Qué poderosa. Qué motivadora. Y sobre todo qué imposible vivirla.” O sea, noté un agrado con la prédica en la cara de esa persona, pero también más allá ciertas dudas. Las dudas no eran dudas de la veracidad de lo que decía, porque todos sabían que lo que decía era bíblica, era verdad. Más bien sus dudas eran dudas acerca de la realidad o la posibilidad de vivir lo que decía. O sea, parecía irreal, parecía imposible, parecían cosas de otro mundo. Por eso, se notaba en la cara de esa hermana un sentir de que las demandas de Cristo suenan bonitas pero que no son muy prácticas. O sea, era como si ella creyera lo que yo decía, pero a la vez reía porque pensaba ¿Qué ser humano va a intentar vivir así en la vida real? No es práctico, no es racional, no es posible. ¡Qué gracioso! Así piensan muchas personas.

Entendí claramente que en ese momento estaba viendo un tipo de dualismo en la misma iglesia, el dualismo que se puede llamar un cristianismo secular. El cristianismo secular es dualista porque cree que hay dos realidades distintas. Podríamos decir que son dos “mundos” distintos. Según el cristianismo secular existe el “mundo” secular y el “mundo” espiritual. Uno es el mundo “real” mientras el otro es el mundo “ideal” pero no es real. Es decir, el mundo secular es donde vivimos, donde trabajamos, donde hacemos todo lo que hacemos. Es un mundo práctico. La ley de este mundo es “hacer lo que tienes que hacer para sobrevivir.” En cambio, el “mundo” espiritual para los dualistas seculares es un mundo ideal, un “mundo” que no siempre encaja con el mundo real. Este mundo ideal, el mundo espiritual, se encuentra en los cultos dominicales y los estudios bíblicos, o en los momentos de comunión con Dios y con su palabra, pero no en la vida diaria, no en el trabajo, no en los esfuerzos para salir adelante en el mundo secular. O sea, son dos mundos distintos y es el mundo secular que es el mundo real mientras el mundo espiritual es ideal pero no es muy práctico.

Entonces en la mente de los que sustentan este tipo de dualismo está bien hablar de morir por Cristo o hablar de cómo Cristo debe ser para nosotros más importante que la vida. Está bien cantar que él es nuestro rey y hablar de cómo Él controla nuestros futuros, y como la obediencia a su voluntad es más importante que ascender en nuestros trabajos, o cosas por el estilo. Es muy lindo y alentadora hablar de esas cosas durante una predica o en un estudio. Sin embargo, aunque esas cosas deben funcionar en el mundo espiritual, según los dualistas no funcionan en el mundo real, son cosas para la vida de fe, no para la vida real. En la vida real hay que ser más práctico, más realista, y por eso hacer lo necesario para poder sobrevivir. Este es el dualismo secular.

¿Cuáles son algunas consecuencias de este modo de ver la vida? La primera y quizás más obvia es que nuestra fe llega a ser una fe netamente privada. Se vive la fe en casa a solas o en la iglesia entre los hermanos, pero en la calle mi fe es algo muy personal y totalmente privada, algo interno, no expresado públicamente. La persona no quiere ofender o incomodar a los demás entonces se mantiene callada en asuntos de fe. Un resultado de esa fe netamente privada es que no se confronta la cultura con las verdades del cristianismo, sino se rinde ante la cultura. Los que viven este tipo de dualismo fácilmente se mezclan con la cultura, se adaptan a la cultura, pero no tienden a cuestionar o confrontar la cultura. Se sienten cómodos en el mundo porque para ellos es el mundo real y puesto que su fe es algo interno y privado no choca con las ideas y convicciones del mundo. Pero la verdad es que no van a hacer mucho impacto evangelístico en el mundo tampoco. Y su involucramiento con la cultura no es para ver una transformación porque

no ven la necesidad de un cambio en la cultura alrededor. Es un cristianismo secular, vivido en la iglesia, pero no en la calle.

Pero también hay otra forma del dualismo que es muy prevalente entre los evangélicos.

2. El cristianismo espiritual

Este grupo es dualista no solamente porque divide la realidad en dos mundos, sino también porque atribuye más importancia a uno que al otro. Para los dualistas espirituales la realidad espiritual es mucho más importante para Dios que la realidad “secular”. O sea, dicen ellos que Dios mismo valora mucho más el mundo espiritual y por eso los cristianos también debemos valorar el mundo espiritual mucho más que el mundo secular. Por supuesto hay cosas importantes en el mundo secular, no obstante, es de mucho menos importancia para Dios y como consecuencia, para sus seguidores también. Por supuesto tenemos que trabajar, tenemos que comprar, tenemos que movernos en el mundo secular, pero es solamente porque son actividades necesarias para ganarse la vida y para poder vivir el día a día en este mundo. No es que esas cosas tienen mucho valor en sí mismos, es simplemente que son necesarias para sobrevivir en esta vida. Por ende, nosotros no debemos hacer de esas actividades una prioridad, sino debemos dedicarnos a las cosas del mundo espiritual.

Me di cuenta de la prevalencia de esta clase de dualismo un día cuando estaba estudiando en la universidad. Yo estudié mis primeros dos años en una universidad prestigiosa que era parte de la conocida “Ivy League”. No obstante, para los últimos años de estudio me trasladé a una universidad católica donde recibí una beca. La cosa es que poco tiempo antes de cambiar de universidad me había convertido a Cristo. Ahora estaba yendo a una nueva universidad con una nueva fe evangélica. Un día estaba caminando por el campus de la universidad cuando veía a un grupo de estudiantes conversando con el nuevo jardinero que la universidad recién había contratado. Me acerqué para escuchar la conversación y me encontré con la grata realidad de que ese jardinero estaba compartiendo el evangelio con los alumnos. Cuando los estudiantes se dispersaron, yo me quedé para conversar con el hombre. Le dije que yo era un nuevo creyente que recién entré en esta universidad. Me dijo que él estaba allí para evangelizar. Lo interesante es que después de ese encuentro nunca lo vi más en la universidad. Parece que la universidad lo despidió después de muy poco tiempo trabajando allí. Me puedo imaginar lo que ese hombre pensaba al recibir la noticia de su despido, “estoy siendo perseguido por mi fe en Cristo. Me despidieron por evangelizar, por ser un fiel testigo de Cristo.” Pero, a decir la verdad, yo tendría otra apreciación de su despido. Yo diría que lo despidieron con buena razón. Lo despidieron por ser irresponsable y por ser hipócrita y mentiroso. La universidad lo contrató para ser jardinero, no para evangelizar. Él, en vez de dedicarse a su trabajo, se dedicó a evangelizar y descuidó por completo su trabajo. Me imagino que, según él, Cristo estaba orgulloso de él por su sacrificio y entrega, pero a mi parecer Cristo estaba decepcionado con él por su desobediencia y pecado. En vez de cumplir sus responsabilidades, las por las cuales la universidad lo iba a pagar, él ignoraba sus tareas y pasaba su tiempo hablando con los estudiantes, algo por el cual la universidad no lo pagaba. Ese hombre era un dualista espiritual que creía que lo que realmente era importante era evangelizar, mientras el trabajo secular no le importaba a Dios.

¿Cuáles son algunas consecuencias de un cristianismo espiritual? La primera y más dañina es una fe aislada. Vamos a ver el mundo alrededor siempre como un enemigo, como una amenaza a nuestra fe. Aunque para el cristianismo secular no se lleva su fe al mundo alrededor porque no ve la fe como algo relevante para la cultura, para el cristianismo espiritual se separa del mundo alrededor para no contaminarse con la cultura. Pero ¿Cómo vamos a impactar en el mundo si nos alejamos tan lejos que solo tratamos con la cultura cuando queremos criticarla o evangelizarla? Es verdad que muchos adherentes de este tipo de dualismo tienen la “valentía” de predicar de Cristo a esta cultura, pero, por lo general, lo hacen desde los márgenes, de lejos, sin participar de cerca en la vida de la gente sin Cristo. Este tipo de evangelismo muchas veces parece más un ataque que una misión de amor al estilo de Juan 3:16. La fe de los dualistas espirituales no encuentra la forma de integrarse con la cultura, solo luchar en contra.

Otra consecuencia de esta perspectiva es un cristianismo casi gnóstico. Es decir, una religión que ve cualquier acercamiento a la cultura como poner su fe en compromiso, como rendirse ante el mundo, como una cesión de convicciones. Por ejemplo, si un hermano evangélico toma la decisión de entrar en la política muchos lo van a mirar mal como que hubiera abandonado su fe y estuviera traicionando a Dios. ¿Por qué van a pensar así? Porque muchos evangélicos son dualistas que ven cualquier acercamiento con la política, con los artes, o cosas por el estilo como rendirse ciegamente a la cultura. Vuelvo a la pregunta, ¿Cómo podemos influenciar la cultura y las generaciones que vendrán si tememos todo involucramiento con las instituciones de la cultura alrededor? Es verdad que hay peligros en la cultura alrededor, no obstante, abandonarla por completo no es la respuesta, a menos que sea un dualista espiritual.

¿Cuál es el problema con estas dos formas del dualismo? Bueno, hay varios problemas, sin embargo, déjenme compartir una sola consecuencia que me parece muy relevante para nuestro tema. Cuando vemos el tema de la transformación espiritual a través de los ojos de un dualismo la tendencia es **Redefinir lo que significa la obediencia**. En ambas formas del dualismo la obediencia significa algo muy diferente de lo que significa según la Biblia. Para el cristianismo secular se minimiza la obediencia como algo opcional y la reduce a una responsabilidad religiosa que es importante cuando uno está metido en las cosas del Señor, nada más. O sea, se cree que las demandas de la vida cristiana no son realistas entonces los únicos que pueden satisfacerlas son los super-santos. Entonces ellos calman su consciencia con la creencia de que Dios sabe que el mundo espiritual es solamente el ideal, no el real, entonces sabe Dios también que muy pocos van a poder obedecer a pie de la letra. Esto no es un problema para ellos. O sea, la obediencia vuelve opcional o es esencial solamente en una forma general. Los pastores, ellos deben ser super-espirituales, pero los cristianos comunes y corrientes no tienen que cumplir los mismos estándares. Por ejemplo, ellos van a ser personas muy dadas y muy honestas, pero no van a sentir la urgencia de corregir injusticias alrededor, no van a dar su voz en contra de la maldad de la sociedad. Van a ser muy fieles en la iglesia, pero no van a llevar las verdades aprendidas más allá para que controlen como se dirige su negocio o como votan en las elecciones, o cosas por el estilo. Una obediencia radical no les parece realista, ellos prefieren ser más “equilibrados” y no tan “fanáticos”, como ellos dicen. Su fe es fuerte en el contexto cómodo de la comunidad de fe, pero es callada en el ámbito afuera.

Para el cristianismo espiritual se reduce la obediencia a solamente el lado espiritual. Es decir, lo importante es que tengamos un ministerio en la iglesia, que hagamos nuestro devocional, que asistamos a las reuniones, que diezmemos, etc. No importa tanto las cosas de la vida “secular” como el trabajo, responsabilidad cívica, etc. Esas cosas siempre deben estar en un segundo plano y nunca deben obstaculizar mi compromiso con las cosas realmente importantes, a saber, las cosas “espirituales.” Si estoy obedeciendo en mi vida espiritual, eso es lo que realmente es importante. En cuanto a mi vida secular lo importante es simplemente que sea honesto, que sea puro, etc. O sea, enfoca el lado moral o ético nada más. Esas actividades no tengan importancia en si mismas. Por supuesto no debo invertir mucho tiempo en esas áreas para no quitar tiempo a mi involucramiento en la iglesia. Entonces, por ejemplo, un joven que tiene miras a una carrera debe tener cuidado que durante el tiempo de estudios en la universidad que no quite tiempo a su ministerio. En otras palabras, la “obediencia” para el cristianismo espiritual significa ser fiel en la iglesia, y no tiene mucho que ver con desarrollarse como individuo o en su carrera. Peor todavía es cuando alguien quiere invertir su tiempo en los artes o en los deportes o Dios ayuda, en un pasatiempo. Se ven tales cosas como una pérdida de tiempo. Todo porque el cristianismo espiritual ve la obediencia solamente desde el lado “espiritual” y no ve los otros aspectos de la vida como regalos de Dios, sino como parte del mundo secular. Como dice un libro,

“El dualismo hace borrosa la dualidad válida entre obediencia y desobediencia porque el dualismo identifica la obediencia, la redención y el reino de Dios con sólo *un* área de la vida y ve el resto de la vida, o bien sin relación con la redención (o lo sagrado), o peor aún – bajo el poder de la desobediencia, el pecado y el reino de las tinieblas.”⁶

¿Qué decimos de todo esto? En primer lugar, estas dos clases de dualismo tienen una idea deficiente de la obediencia. Aunque es innegable que la obediencia tiene que ver con la vida moral, también abarca mucho más que eso. Obedecer a Dios es algo que debe tocar cada aspecto de mi vida. Por ejemplo, con respecto al trabajo si no robo, si no miento, si no hago daño a nadie ¿Esto significa que estoy bien? No necesariamente. ¿Qué si estoy perezoso o irresponsable? ¿No es una falta de obediencia? Por supuesto que sí. El punto es que no podemos reducir la obediencia solamente a cosas morales, cosas que concuerdan con el mundo supuestamente espiritual. De hecho, la Biblia lleva la obediencia mucho más allá. Por ejemplo, noten como Colosenses 3:22-25 describe la obediencia,

“Esclavos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. ²³Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres, ²⁴sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. ²⁵Pero el que actúa con injusticia recibirá la injusticia que haya cometido, porque no hay acepción de personas.”

¿Qué notas de la obediencia exigida en este texto? Es profunda. Llega hasta el corazón. Toca las motivaciones. Es mucho más amplia que simplemente una buena ética. Nota también lo que dice

⁶ B.J. Walsh y J.R. Middleton, *Cosmovisión Cristiana*, Barcelona, España: Editorial CLIE, 2003, p. 79.

1 Corintios 10:31, *Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios.* Tiene que ver con actividades tan comunes, tan básicas como comer y beber y cualquier otra cosa que hagamos. Toda la vida está involucrada en la expectativa de obediencia. Así describe la Biblia una obediencia verdadera. La obediencia según la Biblia no es algo que toca solamente un aspecto de la vida o que es solamente externo, sino significa vivir de corazón haciendo todo para la gloria de Dios. Obediencia es vivir cristianamente en cada área de mi vida. Entonces, si soy muy honesto en mi trabajo, pero al mismo tiempo falto respeto al jefe ¿Qué dirías de mi obediencia? Es obediencia a medias. Si soy jefe, por ejemplo, y trato a los bajo mi cargo con acepción de personas, si muestro cualquier forma de injusticia, es pecado, aunque obedezco las leyes y oro antes de comer o antes de mis reuniones. Si soy carpintero y no dejo que la madera se seque como sé que debo, sólo para ahorrar tiempo y dinero, si no sigo los planes como el cliente espera porque quiero terminar más rápido, si sustituyo una madera de menos calidad sin que el cliente sepa, ¿puedo decir que estoy trabajando como un cristiano y siendo obediente? La obediencia es algo que hago “de corazón” y no solo al ojo, es algo que es constante aun cuando nadie está viendo, es algo que hago para Dios y no para simplemente agradar a los hombres. ¡La obediencia es vivir como Cristo! No tiene lugar para dualismo.

Nuestra tendencia es vivir como cristianos en el ámbito espiritual, pero olvidar del ámbito secular. Pero cuando Cristo dijo que sus discípulos eran la luz del mundo y la sal de la tierra ¿solo tenía en mente predicar el evangelio? O ¿también tenía en mente vivir una vida verdaderamente cristiana en cada aspecto de la vida, en cada ámbito? No podemos ser dualistas porque ese grado de obediencia es totalmente defectuosa.

¿Cuál es la solución de este problema del dualismo?

Aunque esta pregunta importante merece una respuesta amplia, vamos a contestarla con solamente dos pautas concretas.

1. Reconocer y vivir conforme a la verdad de que Dios es soberano sobre todo y por ende es dueño de todo

¿Se acuerdan cuando el ejército de Israel venció al ejército de los sirios en el tiempo del rey Acab? Fue una victoria inesperada. ¿Cómo justificó el ejército de siria su derrota? Los comandantes del ejército explicaron en 1 Reyes 20:23, *Sus dioses son dioses de los montes, por eso nos han vencido; mas si peleáremos con ellos en la llanura, se verá si no los vencemos.* O sea, creyeron que el Dios de Israel era un Dios local, un Dios que tenía poder sobre un área, pero no sobre otras, que era un Dios limitado a una región. Lamentablemente, aunque nunca van a decirlo, los dualistas tienden a tener la misma perspectiva, que Dios gobierna una parte de la vida no la totalidad. O, mejor dicho, que a Dios le importa una esfera, la espiritual, pero que no le importa mucho la secular. Que Dios es un Dios de la iglesia, pero no del mundo. Siempre y cuando nosotros pensamos que hay dos esferas distintas y que la esfera de Dios es la iglesia o la vida espiritual más que la cultura o el mundo o la vida secular vamos a ser dualistas y, por ende,

solamente medio cristiano. Vamos a tener una cosmovisión dualista, una cosmovisión totalmente deficiente. La solución es reconocer la soberanía de Dios sobre todas las cosas.

La grandeza de Dios y la extensión cósmica de su soberanía es algo que las Escrituras afirman claramente. Salmo 24:1-2 alega, *De Jehová es la tierra y su plenitud; El mundo, y los que en él habitan.* ² *Porque él la fundó sobre los mares, Y la afirmó sobre los ríos.* Como Creador de todo, Dios es dueño de todo, todo le pertenece y todo es bajo su control. Salmo 103:19-22 afirma,

Jehová estableció en los cielos su trono, Y su reino domina sobre todos. ²⁰ *Benedicid a Jehová, vosotros sus ángeles, Poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, Obedeciendo a la voz de su precepto.* ²¹ *Benedicid a Jehová, vosotros todos sus ejércitos, Ministros suyos, que hacéis su voluntad.* ²² *Benedicid a Jehová, vosotras todas sus obras, En todos los lugares de su señorío.*

El trono de Dios está en los cielos desde donde Él reina sobre toda la creación. No hay nada ni nadie que está fuera de su dominio. Los ángeles le obedecen, todo el ejército celestial hace lo que Él dice. Su gobierno es universal. Él es soberano. Como escribió el gran pensador cristiano Abraham Kuyper, “No hay una pulgada cuadrada en todo el dominio de nuestra existencia humana sobre la cual Cristo, que es soberano sobre todo, no grita: ¡Mío!” Como Pablo declara en Colosenses 1:15-18,

El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. ¹⁶ *Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.* ¹⁷ *Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten;* ¹⁸ *y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia.*

Cristo es preeminente sobre todas las cosas. Y por supuesto, el Dios trino es el soberano y reina sobre todo en la tierra, inclusive todo en nuestras vidas. Su reino no tiene límites, su autoridad es universal. Esto significa que no existen dos esferas, secular y sagrado, porque en Dios todo es sagrado, todo le pertenece, todo es unificado bajo su dominio. Como se ha escrito,

Tenemos que evitar cualquier división entre lo sagrado y lo secular y más bien alentar esfuerzos en toda esfera de actividad humana: arte, medios de comunicación, publicaciones, leyes, educación, relaciones laborales, cuidado de ancianos, agricultura, negocios, justicia social y política. Puesto que Dios es soberano sobre toda esfera, ninguna área de la empresa humana está fuera de su dominio. Los cristianos pueden y deben involucrarse en la totalidad de la actividad humana. Todo es un precioso regalo de Dios.

¿Cómo debe esta realidad cambiar nuestra visión de la vida? Profundamente. Cuando reconocemos que Dios es dueño de todo, que cada pulgada de la creación le pertenece, qué a él le importa cada detalle, cada aspecto, no podemos seguir siendo dualistas. Ya no

podemos aislar nuestra fe de nuestro trabajo, o nuestro ministerio de nuestra familia, o cosas por el estilo. Vamos a tener que ver toda la vida como sagrada, justamente porque todo en la vida le importa a nuestro Dios. Como afirma el “Compromiso de Ciudad del Cabo”, un documento hecho durante el tercer congreso de Lausana, un acuerdo entre cuatro mil líderes cristianos de 198 países,

“La Biblia nos muestra la verdad de Dios acerca del trabajo humano como parte del buen propósito de Dios en la creación. La Biblia sitúa a la totalidad de nuestra vida de trabajo dentro de la esfera del ministerio, mientras servimos a Dios en diferentes llamados. En contraste, la falsedad de una línea divisoria entre lo sagrado y lo secular ha permeado el pensamiento y la acción de la Iglesia. Esta línea divisoria nos dice que la actividad religiosa pertenece a Dios, mientras que otras actividades no. La mayoría de los cristianos pasan la mayor parte de su tiempo en trabajos que tal vez consideren de poco valor espiritual (el llamado “trabajo secular”). Pero Dios es Señor de *toda* la vida. “Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres” dijo Pablo a esclavos que trabajaban en un ambiente pagano.”⁷

Esta es la primera convicción que necesitamos si vamos a evitar el dualismo, que Dios, el único soberano, es dueño de todo entonces todo le pertenece y todo en la vida lo importa.

2. Reorganizar la vida para que sea verdaderamente Dios-Céntrica⁸

Dado que el dualismo llega a ser una cosmovisión, es decir, una manera de ver y de interpretar toda la vida, no es muy fácil cambiarlo. Las raíces de una cosmovisión, como las raíces de un gran árbol, son muy profundas en nuestras vidas y por eso no cambian rápidamente. Se necesita un cambio muy profundo, un cambio del mismo sistema de pensamiento que gobierna nuestras vidas. Necesitamos un cambio de “ojos” para que podamos ver la vida diferente. Esto nunca es fácil. Por ejemplo, un aspecto de nuestra cosmovisión que necesitamos cambiar es nuestra manera de ver el lugar de Dios en nuestras vidas. Una óptica que se usa para ver el señorío de Dios en la vida diaria es a través de una lista de prioridades. O sea, pensando en muchos pasajes que hablan de cómo Dios debe ocupar el primer lugar en nuestras vidas (Por ejemplo, Lucas 14:26) uno pone a Dios en el primer lugar y después ubica las demás cosas muy abajo en la lista. ¿Qué nos enseña tal lista? Que Dios es superior a todos. Que debemos amarle sobre todas las cosas. Y esto, por supuesto es sumamente importante y netamente bíblico. No obstante, aunque no cabe duda de que Dios siempre debe tener el primer lugar y ser la prioridad primordial, hay un peligro con solo ver el Señorío de Dios a través de esta perspectiva. ¿Cuál es el peligro? Nosotros podemos caer en un dualismo y así dividir la vida en dos partes – la vida espiritual (lo que tiene que ver con Dios) y la vida secular (el resto de la vida). O sea, Dios y las cosas que tienen que ver con Dios son importantes, pero las demás cosas no. Podemos llegar a menospreciar o hasta rechazar las otras áreas de la vida todo en el nombre de

1. Dios

2. Familia

3. Trabajo

4. Amigos

5. Descanso

6. Bienes

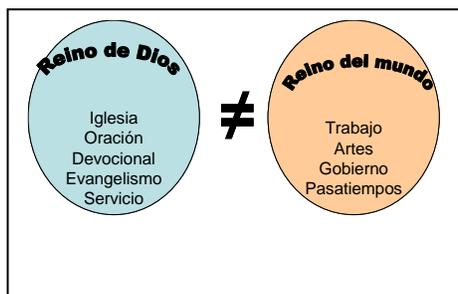
7. Deportes

⁷ Mark Greene, El Compromiso de Ciudad del Cabo, <https://www.lausanne.org/es/contenido/compromiso#p1-10>.

⁸ Mucho de este punto viene de Mike Wittmer, Heaven is a Place on Earth, Grand Rapids, MI: Zondervan, 2004.

Dios. También podemos justificar actitudes erróneas con respecto a los otros aspectos de nuestra vida (no trabajar bien porque el trabajo no es importante, no descansar porque estamos tan ocupados con las cosas de Dios, no relacionarnos con la familia porque no son creyentes y Dios es más importante, etc.). O sea, en el nombre de “prioridades” podemos vivir un dualismo que termina marginando a Dios y excluyéndolo de áreas de nuestras vidas donde Él debe reinar como el Señor. También con esta visión de la vida podemos llegar a ser como “gnósticos” que creen que la materia en si es mala, solo que en nuestro caso sería que toda actividad que no sea netamente espiritual es mala. Así limitaríamos el Señorío de Dios en nuestras vidas a ciertas actividades espirituales y nada más. Pero les pregunto ¿Empleas la mayoría de tu día, tu semana, tu vida, en las cosas debajo de la línea o arriba de la línea? Debajo por supuesto. Entonces con esta visión media gnóstica, esta cosmovisión dualista, ¿Cómo vas a dejar que Dios gobierne en toda la vida? Difícil porque la misma estructura de esta cosmovisión separa a Dios de la mayoría de nuestra vida. Fomenta un claro dualismo.

Otra manera de ver la vida es a través de la guerra entre dos reinos, el reino de Dios versus el reino de este mundo. Esto también es bíblico, también tiene mucho de verdad. No obstante, en



las manos de un dualista llega a ser algo torcido, algo no tan bíblico. Lo que hacemos es atribuimos al reino de este mundo todo lo que no es netamente espiritual o todo lo que quita tiempo de nuestra vida eclesiástica o nuestro ministerio o nuestro tiempo “espiritual.” En este sistema el trabajo es un enemigo porque quita tiempo y porque genera conflictos y tentaciones que luchan contra cosas espirituales. En este sistema preocuparnos por los pobres o por el medio ambiente son pérdidas de tiempo porque pobres siempre habrá y este

mundo se va a acabar y entonces mejor es comprometernos con lo eterno en vez de lo terrenal. Por supuesto todo esto tiene algo de verdad. El problema radica en la definición de nuestro enemigo, o la identificación de lo que es el reino de este mundo. Aquí nos equivocamos y fomentamos entonces una cosmovisión dualista.

Creo que hay una manera mucho mejor de ver la vida, una manera mucho más bíblico y mucho más consecuente con una cosmovisión verdaderamente cristiana. Esta perspectiva es una perspectiva Dios-céntrica, donde todas las áreas son importantes, pero que las vemos desde una perspectiva netamente cristiana. En vez de separar a Dios de las demás actividades en la vida, lo



ponemos en el centro. Cada actividad, cada área de la vida es influenciada, controlada, por Dios. Él influye en todo. Por ende, en vez de menospreciar todo lo que es “secular” vamos a ver toda la vida como “espiritual” y la pregunta clave será ¿Cómo podemos vivir como cristianos genuinos en cada área de la vida? ¿Cómo puedo trabajar como un cristiano debe trabajar, en vez de solamente soportar el trabajo porque es una necesidad? ¿Cómo puedo disfrutar de un pasatiempo o participar en las artes, etc. de una manera netamente cristiana? Es como escribió John Stott, “El divorcio de lo sagrado de lo secular en la historia de la iglesia ha sido desastroso. Si somos cristianos, todo lo que hacemos, por

más secular que parezca, es religioso en el sentido de que se hace en la presencia de Dios y de acuerdo con la voluntad de Dios.”⁹ En otras palabras, todo es sagrado porque Dios es dueño de todo y todo tiene que ver con Él. Lo que Dios pide de nosotros es que vivamos una vida Dios-céntrica, una vida donde Dios está en el centro de todo e impacta todo.

Habrán varias consecuencias de una vida estructurada así. En primer lugar, vamos a tener una nueva perspectiva sobre el llamado. Por lo general, cuando pensamos en el concepto de llamado, estamos pensando solo en un llamado al ministerio. Por ende, solo algunos cuantos tienen un llamado y los demás cristianos simplemente trabajan y viven, pero sin un llamado claro de Dios. Pero cuando comprendemos este concepto de una vida Dios-céntrica donde Dios es parte de cada aspecto de nuestra vida y donde a él le importa cada aspecto, vamos a entender que todos tenemos un llamado a algo. Y no vamos a pensar que una clase de llamado es más espiritual o más importante que otra. Si es Dios que nos llama a algo, ese llamado tiene dignidad y es tan importante como cualquier otro llamado. John Stott tiene mucha razón cuando escribe,

“Damos a menudo la impresión que si un joven cristiano ama al Señor de todo su corazón, será un misionero en el extranjero, que si no es tan entusiasta, entonces se quedará en casa y se convertirá en pastor, que si le falta dedicación para ser pastor, se convertirá sin lugar a dudas en doctor o maestro, mientras que aquellos que hacen trabajo social o en los medios de información o (en el peor de los casos) en la política no están lejos de renegar de su fe. Me parece urgente tener una perspectiva más verdadera en este tema de vocación. Jesucristo llama a todos sus discípulos al "ministerio", es decir, al servicio. Él mismo es el Siervo por excelencia, y nos llama a ser siervos también. Esto, entonces, es cierto: si somos cristianos, debemos dedicar nuestra vida al servicio de Dios y de los demás. La única diferencia entre nosotros radica en la naturaleza del servicio que estamos llamados a prestar. Algunos, en efecto, están llamados a ser misioneros, evangelistas o pastores, y otros a las grandes profesiones del derecho, la educación, la medicina y las ciencias sociales. Pero otros están llamados al comercio, a la industria y la agricultura, a la contabilidad y la bancaria, al gobierno local o al parlamento, a los medios de comunicación, a las tareas del hogar y la construcción de familias. En todos estos ámbitos, y en muchos otros además, es posible que los cristianos interpreten cristianamente la obra de la vida, y no la vean como un mal necesario (necesario, es decir, para la supervivencia), ni siquiera como un lugar útil para evangelizar o ganar dinero para la evangelización, sino como su vocación cristiana, como la forma en que Cristo los ha llamado a pasar la vida en su servicio.”¹⁰

Como escribe Stott, todos somos ministros en el sentido de que todos hemos sido llamados a servir, pero el ámbito de nuestro servicio puede ser diferente. Pero es clave que veamos nuestra vocación, sea cual sea, como un llamado de Dios para representarlo en la situación donde él nos ha puesto, reconociendo que podemos glorificar a Dios en cualquier vocación. Como afirma otro autor,

⁹ John Stott, *The Message of the Sermon on the Mount*, Downers Grove, ILL, USA: Inter Varsity Press, 1978, p. 130.

¹⁰ John Stott, *Christian Mission in the Modern World*, Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 2015, p. 31.

“Cuando un albañil construye una casa, la actividad misma de pegar los ladrillos y levantar las murallas es una respuesta a la vocación de Dios. Cuando ese albañil se convierte a Cristo, su fe no debería relegar su profesión al plano de lo mundano o secular, como si no fuera una actividad espiritual en respuesta a la vocación divina. Más bien su fe debería reorientar su profesión a fin de cumplir con dicha vocación en una forma que glorifique a Dios. El albañil glorifica a Dios no sólo cuando evangeliza a los compañeros de trabajo o canta himnos cristianos mientras nivela una muralla, sino que Dios es glorificado cuando cultiva su profesión en una forma que dé gloria a Dios. El hecho de cultivar o desarrollar la vocación es en sí un servicio a Dios.”¹¹

En segundo lugar, es importante entender que el problema del dualismo no radica necesariamente en cuanto tiempo empleo en cada actividad. O sea, es obvio que nosotros vamos a emplear la gran parte de nuestro tiempo en cosas supuestamente seculares, como, por ejemplo, el trabajo. Esto en sí no significa que estamos mal o que somos menos espirituales o que vivimos un dualismo. El asunto no radica necesariamente en el monto de tiempo dedicado a una actividad. Más bien la clave es mi forma de ver esa actividad y la manera en que la hago. Como escribe Paul Stevens,

“No es el carácter religioso de la obra lo que hace cristiano el servicio, sino su interioridad. Puedo predicar un sermón para impresionar a la gente; Puedo arreglar la puerta de nuestra ducha en casa para la gloria de Dios. Probablemente he hecho ambas cosas. La diferencia es la fe.”¹²

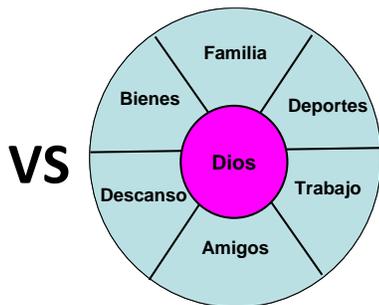
O sea, todos sabemos que empleamos más tiempo en nuestro trabajo que en cualquier otra actividad. Esto probablemente no podemos cambiar mucho. Pero esto no significa que el trabajo es malo o que yo soy muy secular porque dedico la mayoría de mi tiempo trabajando. Puede ser secular si mi forma de ver mi trabajo y mi manera de hacer mi trabajo es muy mundana. Pero si tengo una perspectiva Dios-céntrica y si veo mi trabajo como una vocación donde Dios me ha puesto allí para reflejarlo en todo lo que hago, entonces mi trabajo glorifica a Dios tal como el de un pastor o cualquier trabajo. La cosa es ejercer mi trabajo cristianamente en todo sentido, como acto de fe, como una expresión de una obediencia gozosa. En este caso, cualquier trabajo es “espiritual”, y glorifica a Dios profundamente.

¹¹ Humberto Casanova Roberts, Prefacio del libro *La Fe Cristiana Frente a Los Desafíos Contemporáneos*, por John Stott, Grand Rapids, MI: Libros Desafío, 1999, p. 14.

¹² R. Paul Stevens, *The Other Six Days*, Grand Rapids, MI: Eerdmans Publishing, 1999, p. 248-249.

En tercer lugar, la diferencia entre solamente poner a Dios como primera prioridad y las demás

1. Dios
2. Familia
3. Trabajo
4. Amigos
5. Descanso
6. Bienes
7. Deportes



cosas como prioridades menores (la tabla a la izquierda) y tener una perspectiva Dios-céntrica (El gráfico a la derecha) radica en esto: En el primer ejemplo Dios controla una sola área de la vida mientras las otras áreas pueden ser sueltas o independientes. Mientras en el segundo ejemplo, Dios controla todo y cada área es importante. Toda la vida es “espiritual” y controlada y sometida a Él. Una perspectiva Dios-céntrica cumple lo que dice 1 Corintios 10:31, “*Si, pues, coméis o bebéis o hacéis*

otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios.” (Véanse también Colosenses 3:17). Abarca toda la vida inclusive las cosas que parecen ser rutinarias o hasta seculares. Toda la vida es importante y debe ser dedicada a Dios. Esto no significa

que no podamos tener prioridades. Si, vamos a priorizar nuestras vidas y dedicarnos más a ciertas actividades, ciertas prioridades, no obstante, esto en si no significa que las otras actividades son malas o que no tienen valor o que no pueden agradar a Dios. El descanso, por ejemplo, es muy bíblico. Cuando mi perspectiva sobre el descanso es bíblica y mi manera de practicarlo también pues el descanso llega a ser una actividad “espiritual”. Por eso, la mejor manera de ver la vida es a través de una perspectiva netamente Dios-céntrica.

Finalmente, ¿Qué significa vivir mi vida con una perspectiva Dios-céntrica? Quiero compartir algunos ejemplos concretos. Cuando tenemos una perspectiva verdaderamente Dios-céntrica las siguientes cosas se ve en la vida:

- El evangelismo llega a ser un estilo de vida y no solamente un enfrentamiento que tenemos o palabras que hablamos. El evangelismo va a ser algo más natural que es parte de vivir mi vida, que se ve a través de mi manera de trabajar, mi manera de cuidar a mi familia, y todo en mi vida. Oportunidades para predicar el evangelio no van a ser forzadas, sino van a fluir naturalmente por mi estilo de vida y mi gratitud y gozo en Cristo.
- El trabajo llega a ser un llamado y no solamente algo que toleramos o algo que nos controla. Tendremos la convicción de que somos representantes de Dios en nuestro trabajo y por lo tanto trabajaremos cristianamente en todo sentido. Buscaremos reflejar la vida de Cristo en todo lo que hagamos porque entenderemos que estamos cumpliendo nuestro propósito en la vida. Como escribe Walsh y Middleton, “El problema no es que en la comunidad cristiana falten doctores, agricultores, hombres de negocios o músicos. El problema es que hay tan pocos doctores, agricultores, hombres de negocios, y músicos **cristianos**. La mayoría de nosotros somos cristianos y algo más; no nos ocupamos de nuestras tareas diarias integralmente como cristianos.”¹³

Pero si entendemos una vida Dios-céntrica y rechazamos una cosmovisión dualista vamos a ver nuestro trabajo como un regalo de Dios y como un ministerio a través del cual glorificamos a Dios y bendecimos a los demás.

¹³ B.J. Walsh y J.R. Middleton, *Cosmovisión Cristiana*, Barcelona, España: Editorial CLIE, 2003, p. 81.

- La crianza de los hijos llega a ser un ministerio sumamente importante donde los padres buscan discipular a sus hijos y capacitarlos para que vivan vidas Dios-céntricas en toda área. O sea, los padres se preocuparán por capacitar a sus hijos en cada ambiente de sus vidas (Que sean ciudadanos responsables, estudiantes diligentes, cristianos serios, etc.). También los padres serán modelos para sus hijos, donde los hijos pueden crecer viendo que el servicio, el evangelismo, etc. son elementos básicos de una vida íntegra.
- El cristianismo llega a significar vivir como Cristo en toda la vida. No vamos a separar la vida en sagrado y secular. No vamos a menospreciar las áreas supuestamente seculares. Más bien vamos a disfrutar al máximo todos los regalos de Dios y vamos a intentar glorificarlo en todo.

Entonces, tenemos que evitar una cosmovisión dualista y tenemos que adoptar una visión netamente Dios-céntrica, una vida donde Dios está en el centro de todo lo que hagamos y donde hacemos todo para la gloria de Dios.

En este capítulo hemos visto que tenemos que evitar los pasos falsos hacia una transformación genuina. Pero ¿Cuáles son los pasos correctos? O sea, según las Escrituras, ¿Cuáles son los medios que Dios usa para transformarnos? Este es el tema del siguiente capítulo.